

América: lo real imaginario*

I

Las relaciones literarias e intelectuales entre Hispanoamérica y España, así como las de Brasil y Portugal, son y han sido complejas. En ocasiones, aisladas, ha prevalecido, por encima de las diferencias nacionales y políticas, eso que ha venido a llamarse familias poéticas; pero la memoria de la lengua y la frecuentación de sus mundos han sido las notas escasas o parciales de esta tensión formada por el continente americano y la península ibérica. No soy historiador ni un experto en estas cuestiones, así que lo que voy a decir puede entenderse como algunas reflexiones de un lector de nuestras literaturas y, ocasionalmente, las de un poeta. Además de estas limitaciones o localizaciones, hablo como alguien situado en una cultura y geografía específicas.

En primer lugar quiero salir al paso de la crítica que, generalmente, se suele hacer a los españoles: no conocen —salvo en casos muy contados— lo que se hace en América Latina, si se exceptúan a los grandes novelistas y a dos o tres grandes poetas. Esto es, grosso modo, cierto, pero lo mismo se podría decir de Argentina, Perú, México o Chile respecto al resto de los países latinoamericanos. ¿Qué lector medio mexicano conoce a Alejandra Pizarnik, Alberto Girri, Edgar Bayley o, incluso, a Enrique Molina o Roberto Juarroz? ¿Y qué lector argentino conoce a Ulalume González de León, Gabriel Zaid o Salvador Elizondo? Lo mismo ocurre en España: son pocos los poetas —no ya lectores normales— que han leído a José Gorostiza, Emilio Wesphalen o Eugenio Montejo, por poner a tres poetas distintos en sus mundos y nacionalidades. Más grave sería si habláramos de Manuel Bandeira, Cecilia Meireles, Carlos Drummond de Andrade o, más modernamente, de Haroldo de Campos. Felizmente, este último ha comenzado a ser traducido, en México, por Eduardo Milán y Manuel Ulacia, y en España por Andrés Sánchez Robayna.

Lo que quiero decir con esto es lo siguiente: nuestros olvidos e ignorancias no radican sólo en los existentes entre la península ibérica y la América latina, sino que es un mal que afecta a toda nuestra comunidad.

* Conferencia leída en la Fundación Memorial da América Latina, en el encuentro «A palavra poética na América Latina», São Paulo, 6 de diciembre de 1990.

Como se sabe, la poesía española ha sido fecundada en varias ocasiones por la latinoamericana. La primera de importancia fue debida, sobre todo, al gran poeta nicaragüense Rubén Darío (sin olvidar a José Asunción Silva, cuya obra fue editada con prólogo de Miguel de Unamuno). Rubén se enteró antes que nosotros, y mejor, de lo que estaba ocurriendo en París. Y algunos españoles que no ignoraban los rumbos de la poesía simbolista y parnasiana, como los hermanos Machado, recogieron esta semilla que amplió nuestra versificación y dotó a la lengua de una mayor riqueza. El otro momento de esta relación pasiva, pero receptiva y, finalmente, activa, de la poesía española, viene dado por el chileno Vicente Huidobro, el padre —discutido por Guillermo de Torre— de la vanguardia en nuestra lengua. El siguiente es también un chileno y su influencia fue tecunda: Pablo Neruda. Su *Residencia en la tierra*, tal vez su mayor libro, fue publicado en España. Provocó una verdadera alteración en muchos poetas, sobre todo en los jóvenes. Sin embargo, Antonio Machado, injusto en su comprensión de las nuevas generaciones, no supo comprenderlo. A pesar de estas presencias centrales —hubo muchas otras de importancia desigual— no había en el primer tercio de nuestro siglo una preocupación americana, un verdadero interés por el otro costado de nuestra lengua. Después de la derrota de 1898 en Cuba, frente a los norteamericanos, los españoles comenzaron a meditar sobre el ser de España y su significación intrahistórica. Luego vino la guerra civil (1936-1939) y la diáspora: la mayor parte de nuestros poetas se extendieron por América; otros murieron por aquellos años (Antonio Machado, en su huida hacia Francia, Lorca asesinado en Granada; Miguel Hernández en la cárcel, tres años después de acabada la contienda). Entre los escritores exiliados están Luis Cernuda, José Moreno Villa, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Juan Gil Albert, José Gaos, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, Ramón J. Sender. Es realmente impresionante pensar en lo que significa esta nómina. Algunos de ellos fueron profesores en Estados Unidos o en Puerto Rico; otros vivieron, escribieron y editaron en la América Latina. No fueron los únicos exiliados del mundo intelectual: numerosos pintores, profesores, científicos y políticos se dispersaron por la mayoría de los países americanos. Hay buena prueba de ello en Argentina, Chile, Cuba y, sobre todo, en México, tanto en su universidad, en el Colegio de México, como en el mundo editorial y en la formación de muchos de sus intelectuales. Tengo que reconocer, sin embargo, que el mundo americano aparece muy poco en la poesía de estos poetas exiliados, y cuando aparece es de manera episódica y lateral. Algo más de presencia hay en la prosa de estos poetas; recordemos *Ocnos*, de Cernuda, o varios de los libros de Moreno Villa. Importante fue la influencia docente de José Gaos. Un dato: dirigió y alentó muchas de las tesis sobre lo americano que, pasado el tiempo, asentarían las bases de las discusiones sobre la historia de América. Uno de esos libros fue *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos.

Desgarrados por la guerra y el exilio, vivieron siempre con las maletas hechas, por decirlo con una expresión plástica algo exagerada. Sin embargo, no fueron indiferen-

tes ni a las sociedades en las que vivieron, ni a sus colegas. Esta quizá sea la dicotomía: como individuos insertos en un medio social actuaron con cierta decisión y creatividad; como escritores, no podían olvidar que habían salido de su país a causa de un trauma histórico. Escribir, casi siempre, era hacerlo sobre la herida.

El resurgir de la presencia de la poesía latinoamericana en España (salvo el revival de Neruda y Vallejo en el tardofranquismo, que en ocasiones tuvo tintes más políticos que literarios), tal vez pueda situarse a principios de los años setenta. Uno de ellos, figura central en las letras de nuestro siglo, fue Octavio Paz. Su primer libro publicado en España —salvo un libro de poemas editado por Altolaguirre en 1937— fue *La centena*, una antología poética. Desde entonces su influencia se ha hecho evidente o subterránea en varios poetas más o menos destacados y en multitud de jóvenes. Lo mismo puede decirse de la mayor parte de los novelistas latinoamericanos, a los que podríamos sumar, desde hace menos años, y traducidos, a los de lengua portuguesa (Nélida Piñón, Jorge Amado, João Guimarães Rosa, Clarice Lispector o el portugués José Saramago, entre otros muchos). Si España se ha convertido en el centro editor de nuestra literatura, es gracias a la situación económica y, por otra parte, a un verdadero interés en el mundo de la ficción literaria que escritores como García Márquez, Carlos Fuentes, Roa Bastos o Borges expresan. No es tanto un interés por *el otro* latinoamericano, perteneciente a Caracas o São Paulo, sino al mundo autónomo de la imaginación literaria. De ahí que, en España, ahora se conozca mejor la literatura de los países iberoamericanos pero no la historia y la política de estos mismos países. Todo el mundo sabe dónde está *Macondo*, pero no Bogotá.

Doy vuelta a la tortilla por última vez antes de cambiar de tercio: ¿Cuántos conocen en Latinoamérica a Torrente Ballester, Antonio Muñoz Molina, José Angel Valente, José Pla, Salvador Espriu, J.V. Foix, Eduardo Mendoza o Jaime Gil de Biedma? Pocos, muy pocos, y no he mencionado a escritores en gallego o pertenecientes a otros siglos.

No quiero abrumar ni abrumarme con nombres. Quizá sea algo insensato pretender que cada nación iberoamericana tenga un conocimiento más o menos amplio de la literatura producida en el resto de las naciones. También lo es si pensamos que algunos de los países que en algún momento, como el caso de Argentina, han ostentado la cabecera de las inquietudes culturales, están ahora en un estado económico calamitoso que no les permite un acceso aceptable a los bienes culturales internos y externos. No es insensato, sin embargo, suponer y reclamar que deberíamos avivar y exaltar el interés por el otro y por lo otro: cultura significa ruptura con la vivencia endogámica, apertura hacia algo que no somos y que, sin embargo, necesitamos para ser. El ser no se define por el aislamiento, sino por la relación; es todo lo contrario del virus, que hay que aislarlo para conocerlo. Si queremos comprendernos habremos de observarnos en relación a lo otro, sea esto nuestro vecino o el cosmos.

II

Pocos encuentros han evidenciado más otredad que el descubrimiento de América; aunque esa *otredad*, inmediatamente, fue —y en gran medida así sigue— reducida a *lo mismo*. Frente a la diferencia, se puede decretar su inexistencia o, una vez constatada su presencia, reducirla, absorberla en lo de uno, en lo que comporta nuestra visión de mundo. No voy a criticar el Descubrimiento de América, como tampoco me voy a oponer, al menos ahora y en este contexto, a la ley de la gravitación, o a la invasión por parte de las tropas romanas a principio de nuestra era, de la península ibérica o, si se quiere, más tardíamente, por los pueblos árabes del norte de Africa. Quien escribe esto debe ser una mezcla de ibero, árabe, judío y cristiano. Así que, la mía, la de un andaluz a finales de este siglo y de este milenio, es historia (desde un punto de vista de la Historia, obviamente) de violación y pasión amorosa, crímenes y alguna etapa de indiferencia. Saco esto a colación porque tiene que ver, creo, con la idea de este congreso, con su nombre (*Memorial da América latina*) y con las relaciones de nuestras literaturas, que son en realidad una sola (otro caso es la brasileña, que es una con la portuguesa, a pesar de las diferencias, en el campo de la lengua, de expresiones que se convierten, en ocasiones, en un dialecto para los lectores de uno y otro lado del Atlántico).

Las imbricaciones de nuestras literaturas están relacionadas con nuestra memoria histórica. Es nuestra fatalidad pero no es nuestra condena. Algunos, por el contrario, creyendo que la historia es una e inamovible, como si fuera una roca en el tiempo (ya veo que es una metáfora frágil, como la roca misma ante la erosión de la temporalidad), creen que nos condena al error y la culpa. Entre los españoles, el novelista y ensayista de prestigio, Rafael Sánchez Ferlosio, autor de *El Jarama* y *Las semanas del jardín*, entre otros muchos libros, se ha manifestado, después de una empachosa erudición sobre el tema de América, con una rotunda condenación de la labor llevada a cabo por sus descubridores: los españoles, dice más o menos, cometieron uno de los mayores crímenes de la historia y corrompieron a las culturas preexistentes en el continente. Es lo mismo que dice, pero con menor conocimiento del tema, un escritor uruguayo, Mario Benedetti. No faltan voces que, con mayor distancia, saber histórico y justeza, vean el descubrimiento como una realidad múltiple, compleja, irreducible a una condena taxativa o elogio absurdo. Más que aprobación o condena, un hecho histórico de tal importancia, necesita examen. Uno de los que aprobaron como lógico el predominio de la cultura europea sobre las americanas fue Karl Marx, y lo explicaba basándose en la mecánica de las etapas económicas: comunismo primitivo, modo de producción asiático, economía fundada en la esclavitud, sobre la servidumbre (que sería la Edad Media) y el asalariado, perteneciente al capitalismo. Yo no comparto esta tesis, al menos no creo en su utilización mecanicista; pero estoy más cerca de las actitudes ante la historia de América de Arturo Uslar Pietri, Cabrera Infante, Octavio Paz y Augusto Roa Bastos, por poner algunos ejemplos.

En el fondo de las críticas del estilo de Sánchez Ferlosio subyace una creencia roussoniana; es decir, que a menos civilización, más felicidad, equilibrio, bienestar, etc. La antropología moderna ha mostrado que esto no es cierto, y que el orden primitivo es tan complejo y lleno de leyes estrictas como el moderno. Por otro lado, ni el mundo incaico, maya o azteca eran primitivos, sino que formaban civilizaciones. Aparte de esto, cualquier inculto sobre la historia precolombina —yo mismo— no puede ignorar varias cosas: que América no existía como tal, como unidad continental, para sus habitantes: los indios comechingones y patagones no tenían conciencia de la existencia de los incas o tarascos; además de esto, ni siquiera vivían en el mismo período histórico. Unos eran cazadores y nómadas, otros (el caso de los aztecas), grandes urbanistas, matemáticos y astrónomos, eran, por decirlo con una sola palabra, una civilización. Para un patagón hubiera sido tan extraño (y no menos cruel, por cierto) la llegada de los aztecas, pueblo dominador por excelencia, que la de un portugués, o como en realidad ocurrió, la de un español. Tan extraños les eran Cristo como Quetzalcoatl.

Lo que a partir del descubrimiento se comienza a entender es que vivimos en una unidad planetaria cerrada: el orbe, por primera vez, alcanza su esfericidad y se inicia el mundo moderno. Además, los pueblos que vivían en el continente que iba a llamarse América, comienzan a descubrir la configuración de su mundo. Desde el inicio del cristianismo, ningún suceso ha determinado tanto el curso de la historia. Desde un punto de vista geográfico fue el mayor descubrimiento que se ha hecho: de la India o de China siempre se habían tenido noticias, pero América era el verdadero espacio insospechado. Si se le quiere atribuir una existencia antes de 1492*, sólo podemos encontrarla en el imaginario de la mentalidad renacentista. Una vez tropezados con el espacio se constituyó en el lugar idóneo para las proyecciones utópicas. Por ello, Edmundo O'Gorman escribió en su libro *La invención de América* (1958) que el cumplimiento de América como realidad histórica significa la refutación de los ideales sobre los que comenzó a fundarse. Dejar de ser una imagen que carece de ser, como las proyectadas por Morel en la novela de Bioy Casares, para ser una realidad que proyecta imágenes en las que poder reconocerse.

Volviendo a los libros: no deja de ser curioso que el descubrimiento de América fuera el resultado, como escribió Alfonso Reyes, de algunos «errores científicos y algunos aciertos poéticos»: también tuvo causas económicas, alimentarias; pero como ha señalado Tzvetan Todorov en *La conquête de l'Amérique, la question de l'autre* (*La conquista de América, el problema del otro*, 1982): «¿Acaso Colón mismo no partió [hacia las Indias que fueron América] porque había leído el relato de Marco Polo?» Es importante recordar esto, que uno de los puntos centrales que movió a Colón a flotar sus naves tenía apoyo literario y, por otro lado, ha producido una literatura importantísima que va del mismo Colón a Bernal Díaz del Castillo, el Inca Garcilaso, López de Gómara, o en nuestros días, Carlos Fuentes, Alejo Carpentier y otros. Los libros inventan realidades, las realidades se funden o rectifican, refutan y confirman los mundos imaginarios, los devaneos de la razón y las revelaciones de la poesía.

* Existencia para el resto del mundo y como unidad continental para ellos mismos.

A diferencia de *La invención de Morel*, esa novela sobre la incomunicación amorosa y la imposibilidad de trascender la soledad en la temporalidad, los pueblos americanos son una pluralidad sin perder el ser: no buscan la eternidad sino la dignidad en la historia. También, entre los estertores sociales buscan respuestas a las preguntas más candentes de nuestra condición, una condición, es cierto, que se niega a ser sólo historia. Tengo que recordar inmediatamente que los españoles también hemos comenzado a vernos en lo plural, a reconocernos en la diversidad política y humana que conforma nuestra nación y que, por extensión, constituye al mundo.

Octavio Paz termina *El laberinto de la soledad* con la proclamación de que a la salida de la soledad del mexicano y de la historia de México, se encuentra el otro, y este otro es el comienzo de la contemporaneidad. Finalmente el mexicano podía vivir en el mismo tiempo que los otros y, por lo tanto, podía ver a sus semejantes, verse en sus semejantes. Bien, yo creo que, en alguna medida, España está viviendo una acentuación de su salida del laberinto que la sumía en una cierta sordera y mudéz respecto a Europa. Y Europa, en este contexto, significa democracia y derechos humanos, pensamiento crítico y libertad. Este proceso, lejos de alejarnos de América, como quiere pensar García Márquez, es tal vez el paso hacia una mayor comprensión de lo americano. Y es un paso que se está dando a lo largo de este siglo, pero de manera más profunda en los últimos treinta años, a través de los poetas, novelistas, pintores y ensayistas de ambos lados. También, en alguna medida, en el campo político, pero me atrevo a decir que de manera mucho más rezagada. Nos conocemos más a través de las creaciones artísticas que desde la historia, es verdad, pero el mundo de la imaginación no es menos real y fundador que los hechos. La imaginación es un hecho: si la oímos, si sabemos leerla, sentiremos que tiene cuerpo. No es nuestro cuerpo, es el cuerpo del otro. Y es una imaginación fundamentalmente erótica: atracción y no rechazo; noción dialógica en la que fundamenta su propia existencia.

Creo que las conjunciones y contaminaciones que se crean entre las literaturas que se producen a un lado y otro del Atlántico nos enseña que el descubrimiento no ha terminado: nos estamos encontrando y descubriendo cada vez que vemos en nosotros la presencia del otro.

Juan Malpartida